

litar, en cuya virtud el ejército francés, mandado por Davout, debía retirarse al sud del Loira. Napoleón, que primero se había refugiado en la Malmación, fué luego á Rochefort y se presentó al comandante del navío inglés Bellerofonte, escribiendo al príncipe regente de la Gran Bretaña la célebre carta, en que solicitaba la hospitalidad del pueblo inglés: «Alteza real, le decía, expuesto al odio de las facciones que desgarran á mi país y á la enemistad de las grandes potencias de Europa, he consumado mi carrera política. Vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico, poniéndome bajo la protección de sus leyes, que reclamo de vuestra alteza real, como la del más poderoso, del más constante, del más generoso de mis enemigos». Inglaterra trató á su huésped como prisionero, sin que Napoleón debiese esperar otra cosa, por más que luego hablaba de traición, de deslealtad, de felonía. La historia, que da á cada uno lo suyo, debe proclamar la verdad, y la verdad es que, desde las primeras tentativas realizadas por la comisión ejecutiva francesa para conseguir un armisticio, los generales aliados reclamaron que se les entregara al Emperador en concepto de prisionero de guerra, exigencia formulada de modo más solemne é imperativo aún por los representantes de Austria, Rusia y Prusia, en una nota escrita el primero de Julio, á cuyo final se leía: «Las tres potencias consideran como condición esencial de la paz y de una verdadera tranquilidad, que se adopten las precauciones necesarias para que Napoleón no pueda turbar en lo sucesivo el reposo de Francia ni el de Europa; por tanto, aleccionadas por los acontecimientos ocurridos en el mes de Marzo anterior, las potencias deben pedir que Napoleón Bonaparte sea confiado á su custodia». No era posible, por tanto, dudar de la suerte que estaba reservada á Napoleón si caía en poder de los vencedores; por esta causa, cuando él, rindiéndose á la mala fortuna, se puso espontáneamente en manos de los ingleses (quince de Julio), los coaligados no experimentaron la menor vacilación. En un acta levantada el veinte de Julio, que se convirtió en tratado formal el dos de Agosto siguiente, las cuatro grandes potencias decidieron no ver en el Emperador sino un prisionero de guerra, encomendado especialmente su guarda al gobierno británico, sin perjuicio de tener cada uno de los otros, así como Francia, si quería, un comisario en el lugar donde se confiara al cautivo. En virtud de estos acuerdos, Napoleón, tratado sin miramientos, pero no con deslealtad, fué conducido á la isla de Santa Elena, adonde enviaron sus agentes Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y la misma Francia. Respecto á sus parientes, como eran menos peligrosos, las potencias se contentaron con obligarles á fijar su residencia en diferentes Estados, bajo la responsabilidad de sus respectivos gobiernos y la vigilancia de la coalición entera.

Así terminó la prodigiosa carrera de aquel hombre extraordinario, que por su genio, loca fortuna y desenfadada ambición quizás no haya tenido rival. Las suaves olas del Mediterráneo arrullaron su cuna, y las tempestuosas del Atlántico azotaron su sepulcro. Semejante á un cometa, que saliese del mar, hundiéndose nuevamente en el océano, después

de recorrer el horizonte, iluminándolo á su paso con brillantes y siniestros resplandores. Se le compara con César y Alejandro, pero tal vez sean mayores sus afinidades con Tamerlan, con Genguiskan, con Atila, con los reyes guerreros de Asia y Babilonia. Hombre de otros tiempos y de otro país en Europa y en la época moderna, es un enigma y un contrasentido.

Restablecido Luis XVIII en el trono, el llamado *Terror blanco* desencadenó sus furios sobre Francia. Ney se había ocultado, pero descubierto su retiro, la Cámara de los pares le juzgó y condenó á muerte, siendo fusilado sin piedad cerca del observatorio, no lejos del sitio donde hoy se eleva su estatua. El veinte de Noviembre se celebró el segundo tratado de París, y Francia tuvo que resignarse á perder posiciones estratégicas importantes, como Filippeville, Mariemburgo y Chimay, el principado de Bouillon, Sarrebrück y Sarrelouis, Landau y Porentruy, es decir, las entradas del Oise del Sarre, de los Vosgos y del Doubs. Dueños de Sarrelouis y Landau, los prusianos pudieron, en mil ochocientos setenta, invadir fácilmente la Lorena y la Alsacia, de suerte que los desastres del primer Imperio precipitaron la caída del segundo. Ciento cincuenta mil aliados ocuparon las plazas fuertes del Nordeste, que debían quedar en poder de ellos cinco años á lo más y tres, á lo menos. En fin, obligóse á los vencidos á pagar una indemnización de guerra, de setecientos millones de francos. Bonaparte había tenido el placer de volver á ceñirse la corona durante cien días; Francia en cambio, aun no se ha repuesto, y acaso no se reponga nunca, de la agravación que experimentaron los males que padecía, originados del Imperio, con aquella breve restauración napoleónica.